En memoria de Irene Jiménez Zubillaga (1933-2023)

Maestra de un nuevo oficio

Denise Hellion*

Estas líneas son apenas una humilde expresión de la gran importancia que tuvo Irene en mi formación y en mi vida. Estudió etnohistoria en la casona del Museo Nacional, en Moneda 13, Centro Histórico, aquélla que se ha convertido en el núcleo desde donde se propalaron todas las actividades del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Fue normalista por formación inicial y maestra por vocación. En 1971 se incorporó como investigadora al Museo; los muros de la que fue su escuela serían desde entonces los de su centro de trabajo.

Durante la década de los setenta en el Museo había intensa actividad, poco a poco se abrían nuevas salas, se incorporaban colegas y se multiplicaban las labores de divulgación.



La maestra Irene Jiménez Zubillaga. **Fotografía** © Alejandra Gómez Colorado.



Irene Jiménez como estudiante de etnohistoria en excavación en el Desierto de los Leones. **Fotografía** © Fototeca MNCM.

Irene se encargó de la colección del norte de América, que resguarda piezas extraordinarias de los inuit, y desde aquellas zonas de nieve eterna baja hacia el sur, con la diversidad expresiva de la costa noroeste y de los kwakiutl, que conocía por los trabajos de Franz Boas. Pero hacia el este también se contaba con piezas, y el área de Irene fue una de las más ricas no solamente por su acervo, sino por la manera como ella, a lo largo de los años, la documentaba.

Maestra de un nuevo oficio

Cuando ingresé al museo, en 1986, Irene fue decisiva para que aprendiera un oficio nuevo, para el que la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) no me había preparado: investigadora-curadora de un recinto. Los listados de piezas en bodega formaban parte del rito iniciático al cual sometían a los recién llegados, y mi acercamiento se transformó en asombro ante mi ignorancia para reconocer artefactos y describirlos. Objetos de países diversos, de muy dispar antigüedad aparecían en anaqueles y debían ser verificados; con la ingenuidad basada en el ánimo, decidí que podía indagar acerca de piezas de dudosa descripción.

Eran los años de trabajo sin internet, solamente podía solventar mis limitaciones gracias al trabajo de recopilación que Irene había realizado y, generosamente, compartía. La experiencia más aleccionadora fue la de las incursiones para ver los materiales en los anaqueles. Y, entonces, Irene se transformaba, observaba y evaluaba, se asumía como la maestra que enseñaba a examinar cada pieza, la sopesaba y manipulaba para detectar los indicios de uso, las capacidades humanas



Irene como asistente a la conferencia "Historia del Museo Nacional de las Culturas", impartida por la doctora Beatriz Barba en 2012. **Fotografía** © Joaquín Vega. Fototeca MNCM.

para modificar los materiales inertes y darles una fuerza no sólo funcional, sino simbólica. Miraba de nuevo piedras, fibras, maderas, metales, plumas y cobraban una fuerza cultural transmitida con pasión.

Luego de dar alternativas, de contar historias de uso, de aleccionar cómo debía ser portada o usada aquella pieza, venía también la relación con su memoria visual prodigiosa. Surgían incesantes los relatos de los museos que había visitado y de los cuales recordaba no sólo la información etnográfica, sino el montaje museográfico y hasta las actividades de extensión educativa. Cada consulta con ella era un viaje a través de su conocimiento que compartía siempre con una sonrisa. Su sonrisa hacía olvidar las fatigas e invitaba a la cercanía. Después de ver la pieza, regresaba a su cubículo, de donde siempre extraía el catálogo o el libro preciso donde había alguna pieza de similar forma.

Inquietud por los objetos desconocidos

Si la antropología económica aprendida en la ENAH era materia densa y seria, las herramientas más simples cobraban una carga compleja, apasionante, en las palabras de Irene. Así que a ella debo el recuperar la inquietud por los objetos desconocidos, las múltiples rutas para encontrar información y adelantar explicaciones.

Si esa era la dinámica en los cubículos de investigación, también desplegaba su encanto en las conferencias de divulgación. Poseía transparencias de 35 milímetros de piezas del propio museo y de muchos más. A lo largo de los años había seleccionado imágenes fotográficas, dibujos y mapas que de pronto se convertían en un acervo del cual seleccionaba las adecuadas y exactas para armar una conferencia.

Las imágenes eran su guía, la cual salpimentaba con su voz poderosa y fuerte, de maestra que sabía sobreponerse ante un grupo de párvulos alterados. Y escucharla y verla en esas conferencias sería una experiencia de aprendizaje. Fueran los conceptos más problemáticos, las palabras complejas, la comunicación era abierta para que todos en el auditorio comprendieran. Tenía una suerte de dominio escénico el cual adecuaba en respuesta a la gestualidad de los asistentes. Podía pararse, caminar, detenerse, dominaba la comunicación como maestra.

Sencillez y habilidad para atrapar la atención

En aquellos años en que conviví y aprendí cotidianamente con ella, también la recuerdo en las visitas guiadas, especialmente con escolares. Tenía la sencillez y habilidad para atrapar su atención y entonces los pequeños se admiraban con los relatos, veían al enorme oso polar disecado o buscaban los lentes de los inuit. Con lo cercano y cotidiano lograba que los niños se acercaran a otras culturas y tiempos.

Una parte de la sala de Norteamérica se había desmontado y las piezas permanecían en resguardo, así que Irene decidió ensayar en exposiciones temporales las alternativas narrativas de una nueva sala. El resultado fue que sus propuestas se incorporaron en exhibiciones temporales, las cuales visitaron prácticamente todos los museos regionales del INAH. Poco a poco logró que se editaran folletos para acompañar las muestras, esa fue otra de sus grandes habilidades, la escritura de divulgación. Acostumbrada al papel y a la pluma, tenía una capacidad extraordinaria para alcanzar la sencillez brillante de la redacción pulcra.

Durante varios años insistió en la necesidad de una maqueta para la Casa Larga iroquesa, pues las piezas de la zona conocida como Grandes Lagos que tenía el museo no eran suficientes para mostrar su riqueza cultural. Tras una visita al área de conservación del Lago Crawford, retornó con fotografías, documentación y, sobre todo, mucha perseverancia, hasta que logró la anhelada maqueta y redactó el tríptico "Ponte tus mocasines y ven a la Casa Larga". La maqueta permitía ver al interior por tres costados y observar escenas cotidianas. Espero que sus visitas guiadas con los niños fuesen inolvidables para ellos, como lo fueron para mí; a menudo decía que algún día llevaría carne seca para que la comieran mientras les hablaba de la vida iroquesa.

Sin duda, fue una investigadora extraordinaria, de quien aprendí sobre el compromiso y reto que significa investigar para divulgar. Espero algún día ver la casa larga mientras como un poco de machaca, con la imagen de su sonrisa que me acompañará por siempre. GM

* Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, INAH.